

OPINIÓN

Hora de elegir (I)

Mi nombre es Lorenzo Trujillo Díaz. Soy cura católico, párroco y profesor de Teología. Imagino que más de uno, apenas leído esto, dejará la lectura jurando por lo bajo contra estos curas que se meten en todo sin tener idea de nada. Cuento con ello. Perdonen.

La reflexión que les ofrezco toca temas políticos sin duda, pero no es un escrito político ni de políticas concretas; son asuntos públicos que van mucho más allá de la política de partidos para afectar hondamente a la convivencia e, incluso, a la vida íntima. Va dirigida a cualquier persona, creyente o no; la finalidad es el despertar a una realidad que no se quiere mirar de frente. El fondo antropológico del escrito es, sin duda, cristiano. Y para orientar desde el comienzo la lectura del mismo, ofrezco como prólogo un cuentecillo escrito hace unos años; es como anticipar el final para leer con más atención:

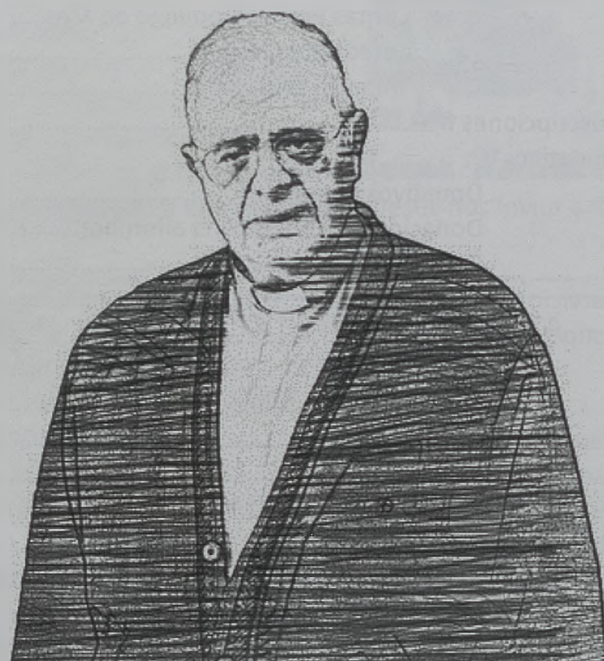
"UMBILICATUS"

Un sueño en la Noche de Navidad

"¿Qué misterio se esconde en los sueños? Nuestros antepasados pensaban que en ellos nos hablaban los espíritus, o Dios quizá. Les voy a contar un sueño que tuve el día de Nochebuena del año 2007. Entonces me pareció larguísimo; les relato lo que recuerdo tal como lo recuerdo:

Estoy en una nave futurista, sin ruidos, sin colores, llena de luz blanca e hiriente. Va muy llena, pero yo viajo solo. Desembarco en un gran aeropuerto; me veo en medio de una masa que me absorbe y me conduce al control de desembarque. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Adónde voy? La multitud empuja y conduce hacia el control. Una muchedumbre inmensa pero silenciosa, disciplinada; paso a paso y todos al tiempo; me recuerda las multitudes en las procesiones de Sevilla: el pasito a pasito que evita accidentes por aglomeración. ¿Esta gente no habla? Pregunto a uno que camina pegado a mí dónde estoy; ni me mira. Un pensamiento me sorprende: ¿estaré rodeado de robots? Sonríe: ¿cómo se me habrá ocurrido? Llego al control. Paso por unos escáneres controlados por un sujeto con cara de aburrido. Pero, ¿es que hacen radiografías a los viajeros?

De pronto, el sujeto aburrido se despierta con los ojos abiertos como platos; me mira y grita como un histéri-



co mientras me señala con el dedo en medio de aquel silencio inhumano: ¡UMBILICATUS!, ¡UMBILICATUS!, ¡UMBILICATUS! Todos se apartan de mí, como horrorizados; quedo aislado, aparecen unos guardias de blanco impoluto y me llevan con ellos mientras la masa se aparta abriendo un pasillo amplio. Pienso: ¿traeré alguna enfermedad contagiosa? No creo; seguramente me han confundido con un criminal famoso llamado Umbilicato o algo así. Se aclarará, se aclarará, me digo. Me llevan por un pasillo inmenso, sin que mis pies den en el suelo, como si flotara.

Estoy en una sala muy parecida a la nave en que llegué. Todo transparente, blanco, luminoso, aséptico. Entra alguien con aspecto de autoridad. Se sienta y me invita a que me siente, aunque no veo asientos. Hago el gesto de sentarme para llevarle la corriente, y siento la dureza de un respaldo que no puedo ver. Me observa con curiosidad, como a una especie extinguida. Le pregunto quién es ese Umbilicatus, le digo que mi nombre es otro, que ha habido una confusión, que puedo demostrarlo...

Hace un gesto de superioridad y dice:

—"Umbilicatus" no es el nombre de un sujeto, sino la designación de quien tiene ombligo. ¡Usted tiene ombligo!